

Lucidez extraconyugal

Capítulo 8. Docentes en tránsito. Incidentes críticos en Secundaria.

Esta era la primera vez que utilizaban semejante argumento para discutirle su trabajo y Joaquín, antes de contestar, entretuvo un par de segundos la mirada sobre los libros que su amigo acumulaba en un rincón de su despacho.

--Si no te he entendido mal, me estás diciendo que mi reciente divorcio influye en mi manera de dar las clases.

--Eso es.

--Y puesto que hace tanto tiempo que nos conocemos, ¿no crees que mi reciente divorcio también influye en tu manera de dar las clases?

--Es posible --dijo sonriendo Raúl, que, además de amigo de Joaquín, también era, en ese momento, su jefe de estudios--. Pero menos que a ti.

--De acuerdo. ¿Y tú crees que mi cruel alopecia influye en mi manera de dar las clases?

--Algo, seguramente. Como todas las cosas. No sé adónde quieres ir a parar.

--Aquí, justamente. Como acabas de decir, todas las cosas están relacionadas, interrelacionadas de una u otra manera. Por

lo tanto, todo lo que nos define, lo que en realidad nos hace ser quiénes somos y como somos, ha de influir en la manera que cada uno tenemos de dar las clases, ¿sí?

--Sí.

--Sí, pero tú eliges mi reciente divorcio como la causa principal. Y yo me pregunto por qué.

Joaquín mira fijamente a Raúl, buscando el efecto de sus palabras, pero Raúl sólo le devuelve la pregunta, con un mínimo gesto de la cabeza.

--Puede ser --continúa Joaquín-- porque una persona recién divorciada es una persona que ha perdido la capacidad de hacer su trabajo. Puede ser porque mi separación no es del tipo de separaciones que permiten cumplir con las obligaciones laborales, familiares...

--Yo lo que veo es que desde que vives solo han aumentado las quejas sobre tus clases. Si tú no quieres ver ninguna relación...

Al decir esto, por un instante Raúl se ha visto a sí mismo y a Joaquín en su despacho como si fueran otros, haciendo un papel grotesco, equivocado. Pero ahora no debe pensar eso.

--Mira --prosigue Raúl--, a mí lo que me interesa, y es por lo que te he llamado, es

aclarar qué es lo que está pasando. Lo que me dice el tutor y lo que me dices tú no me cuadra, Joaquín.

--Pero Raúl, el tutor te dice lo que le dicen los alumnos.

--¿Y los padres?

--Los padres lo mismo que el tutor, pero multiplicado por cuatro.

--Entonces he de creerte a ti. Y todos los demás están confundidos.

--O divorciados. ¿Has verificado el estado civil de tus informantes? Puede que padezcan un trastorno conyugal transitorio, como yo.

--Al menos conservas el sentido del humor.

Pero esto Raúl lo dice con una entonación extraña, como si estuviera cansado, pues presiente el áspero camino que esta tarde les queda aún por recorrer.

--Ves como no estoy tan grave...

--Lo veo, sí. Pero aun así quiero que hablemos, te lo tomes como te lo tomes, de esta lista de quejas que ya conoces.

Raúl saca de un portafolio una hoja cuadrículada y doblada por la mitad y la deja encima de la mesa entre los dos.

--Estoy cansado de discutir sobre su contenido con medio instituto.

--Lo sé. Pero incluso así, te voy a explicar la pequeña historia de esta lista y tú me dices si estás de acuerdo o no. Primero tus alumnos elaboraron la lista con su tutor y al día siguiente te la presentó el delegado de la

clase. Entonces tú la leíste y les explicaste que no tenían razón y que las clases seguirían como hasta ese momento. Como no se quedaron conformes, volvieron a hablar con su tutor y éste fue a verte. Como el tutor tampoco se ha quedado conforme con lo que le has dicho, ha venido a explicarme la situación. También me ha dicho que hay padres enfadados. De esto último ya tenía noticias vía AMPA. Así que ahora me toca a mí. Ojo, yo no estoy del lado de nadie. Yo lo que quiero es clarificar las cosas y que las clases funcionen y todos salgamos beneficiados.

--...

--Lo que te estoy pidiendo es que compartamos las ideas que tenemos sobre estos cuatro puntos que han puesto nerviosa a tanta gente: la evaluación continua, las fechas de las pruebas, las correcciones y las recuperaciones.

--Pues tú dirás por dónde empezamos.

Raúl cogió el folio y lo desplegó.

--Empecemos por las evaluaciones continuas, como tú las llamas. Las evaluaciones continuas que haces consisten en exámenes semanales. Sobre esta particular interpretación de la evaluación continua no voy a comentar nada, pero los alumnos dicen que los otros profesores no hacen tantos exámenes y hacen más ejercicios. ¿No podríais poneros de acuerdo?

--Eso digo yo. A mí me parece que las pruebas semanales reúnen lo mejor de la evaluación continua y lo mejor de los exámenes. Mantenemos un ritmo continuado de estudio

y también mantenemos una motivación, con las notas parciales que van obteniendo. Yo creo que con una evaluación trimestral no verificamos los conocimientos reales del alumno, sino la suerte del alumno. Pero ésta es la manera tradicional, de siempre. La opción, digamos, de «los antiguos». Toda nuestra generación es fruto de ese sistema, todos esos títulos enmarcados que dan fe de nuestros méritos, son fruto de esa lotería.

--Ahórrate las valoraciones personales y los mítines, porque si te he de responder no acabaremos nunca.

--Comprendo. Te comprendo. Ves, me pongo en tu lugar y comprendo que te sientas molesto... Sigo. La opción de los «modernos» es abolir los exámenes y matarse a corregir ejercicios. Yo opino que lo único que hacen es evitar que el alumno se esfuerce, a base de microejercicios que se resuelven copiando las cuatro palabras del libro que acaba de masticarles el profesor. Esto lo he expuesto en alguna reunión, pero a nadie le conviene airear esos temas que podrían afectar a su forma de trabajar...

--Y a la tuya también. ¿Lo has considerado?

--¿Te parece poco haber sacado el tema? Pero los horarios de cada evaluación los pones tú. Y yo te pregunto, ¿con qué criterio pedagógico?

--El criterio me llega de los acuerdos de los departamentos. Y hace años que no ha cambiado. Yo programo lo que me pedís.

--Pues ya ves que yo no pido lo mismo.

--Eso coméntalo con tus compañeros. Tendréis unas programaciones, una línea de trabajo, ¿no?

--Sí, cada uno la suya. Ya te lo he dicho antes. Pero tú esto lo sabes hace tiempo. ¿O vuestro departamento es diferente a todos los demás?

--Lo acepto. No estoy de acuerdo, pero acepto que imagines que todos los departamentos funcionen, o no funcionen, como el tuyo. Pero aunque así fuera, nosotros no generamos los problemas que tú generas.

A Joaquín no le ha gustado esa ecuanimidad envenenada y ahora se encara más con su amigo.

--Pero Raúl, ¿se trata de esconder o de resolver los problemas? ¿Así es como piensas? Porque para mí sería mucho más cómodo dar mi clase magistral cada día, atiborrarlos con los ejercicios de autocorrección del libro y poner un único examen al final del trimestre.

--Te vas de un extremo al otro, ¿no te das cuenta? ¿No ves lo alterado que estás? Lo llevas todo al terreno personal, sin matices. Vamos a centrarnos en los puntos concretos, por favor. A ver, ¿por qué demonios no pueden saber el día de la prueba?

--Porque en realidad lo saben. Saben que todos los días puede haber evaluación.

Raúl contesta rápido, querría no salirse ni un centímetro del asunto ni de su competencia.

--¿Y qué explicación le das a eso?

--Se trata de mantenerlos atentos, vigilantes... una forma de motivarles. Pero eso ya te lo he explicado y tú sólo ves que crea problemas con otros profesores, con los horarios. Sólo parece que te interese eso y encima me dices que estoy alterado... ¿Eso no es llevar las cosas al terreno personal? Además, hace tiempo que sabes lo que pienso sobre la necesidad de reinstalar la cultura del esfuerzo. Es un tema que tú y yo ya tenemos demasiado manoseado...

--Te gusta esa expresión, «cultura del esfuerzo». Últimamente te gusta dramatizar lo que dices. Eso crea doctrina. Pero tú no te esfuerzas en comprender a los demás, en comprender cómo funciona un colectivo complejo como el nuestro. Al contrario, te veo más cerrado cada día, más iluminado. Más empeñado en vencer que en convencer. Yo también puedo hablar con máximas, como ves.

--¿Y ahora de qué me estás hablando?

--De tu intransigencia --Raúl le señala la hoja extendida encima de la mesa--. Aquí dice que no corriges las pruebas en clase, que no liberan material de estudio y que quien suspende alguna evaluación puede considerarse globalmente suspendido.

--Sólo les presiono un poco. Para que saquen lo mejor de sí mismos...

--Si, como nosotros discutiendo así. Nosotros también estamos sacando lo mejor de nosotros mismos. ¿No te has dado cuenta, Joaquín, de lo bien que nos lo estamos pasando? ¿No te das cuenta de todo lo que hemos conseguido, de lo que se enriquece nuestra relación laboral y nuestra amistad?

--Nuestra amistad no tiene nada que ver en esto. Yo sé distinguir entre mis obligaciones y mis afectos.

--A lo mejor tus afectos no son tan listos como tú. Nosotros no vendemos zapatos, trabajamos con personas y los problemas personales siempre trascienden. Nos pasa a todos. Hoy te veo hablar con una especie de amargura que antes no tenías. Y lo sé porque te conozco y sé cuándo usas las palabras con crueldad, para golpear, y cuándo las usas con generosidad.

--Creo que nos estamos metiendo en un bucle. La explicación de la explicación y cosas así. Te gusta eso... Pues sí, seguramente soy más seco en mis explicaciones, pero éstas no han cambiado. Y puede que sea más exigente este trimestre, pero sigo aplicando la misma programación, los objetivos son los mismos. Y no olvidemos que los alumnos tienen más experiencia, y aunque la separación de Maribel todavía me duele, no me ha vuelto insensible ni cruel con mis semejantes, como parece que insinúas. Sigo siendo el mismo y me doy cuenta de las cosas.

--...

--Es lamentable que tenga que justificarme así, como si mis ideas no fueran las mismas ahora y antes. Como si querer mejorar los resultados, la calidad de los contenidos y el nivel de exigencia y de esfuerzo fueran sospechosos.

Raúl, lentamente, ha doblado la hoja de papel cuadriculado y ha cruzado los brazos.

--¿Sospechoso de qué? --pregunta Raúl.

--Vosotros sabréis. Vosotros que me habláis de horarios, de organización, del claustro, de comprensión... Vosotros sabréis; los alumnos, los tutores, los departamentos...

Mientras dejan a Raúl que siga escuchando a su amigo, ahora con una inesperada ternura, a los autores de este capítulo se les ocurre que también podrían titular «Joaquín contra el mundo» este texto que acaban de escribir porque, de repente, han visto que la media sonrisa de Raúl la produce otra cosa.

Raúl está pensando en un chiste y está acariciando la maldad de soltárselo a su amigo en medio de su triste panegírico: «Un conductor circula por la autopista y oye por la radio que un coche se desplaza a gran velocidad en dirección contraria. “Si fuera sólo uno --dice el conductor--. ¡Pero todos van en contradirección!”». Sin embargo, Raúl no se decide... Ahora creen que podría estar cambiando de idea, que le hablará de la lucidez transitoria de los locos, los ebrios... o los divorciados... pero sigue en silencio.